

cuando su mujer se hubo acostado, aplicó los ojos y el oído alternativamente al agujero de la cerradura, para descubrir lo que llamaba «misterios de pasillo».

Al cabo de una hora, próximamente, vió pasar á *Rollo de manteca*, más rolliza que nunca, rebosando en su peinador de cachemira con blondas blancas. Alumbrábase con una palmatoria, dirigiéndose á la mampara de cristales raspados, en donde lucía un expresivo número. Y cuando la moza volvía, minutos después, abriendo su puerta Cornudet, siguióla en calzoncillos.

Hablaban, y al mismo tiempo *Rollo de manteca* defendía enérgicamente la entrada de su alcoba. Loiseau, á pesar de sus esfuerzos, no pudo comprender lo que decían; pero al fin, como levantaron la voz, cogió al vuelo algunas frases. Cornudet, obstinado, resuelto, decía:

—¿Por qué no quieres? ¿Qué te importa?

Ella, tomando una indignada y arrogante apostura, le respondió:

—Amigo mío: hay circunstancias que obligan mucho; no siempre se puede hacer todo, y además, aquí sería una vergüenza.

Sin duda Cornudet no comprendió, y como se obstinase, insistiendo en sus pretensiones, la moza,

más arrogante aún y en voz más recia, le dijo:

—¿No comprende por qué? ¿Habiendo prusianos en la casa, tal vez pared por medio?

Y calló. Ese pudor patriótico de cantinera que no permite libertades frente al enemigo, debió reanimar la desfallecida fortaleza del revolucionario, quien, después de besarla para despedirse afectuosamente, retiróse á paso de lobo hasta su alcoba.

Loiseau, bastante alterado, abandonó su observatorio, hizo unas cabriolas, y subiéndose á la cama despertó á su antigua y correosa compañera, besándola y diciéndole al oído:

—¿Me quieres mucho, vida mía?

Reinó el silencio en toda la casa. Y al poco rato alzóse, resonando en todas partes, un ronquido, que bien pudiera salir de la cueva ó del desván, un ronquido alarmante, monstruoso, acompasado, interminable, con estremecimientos de caldera en ebullición. El señor Follenvie dormía.

Como habían convenido proseguir el viaje á las ocho de la mañana, todos bajaron temprano á la cocina; pero la diligencia, enfundada por la nieve, permanecía en el patio, solitaria, sin caballos y sin mayoral. En vano le buscaban en los graneros, en los corrales, en los pesebres. No encontrándole dentro de casa, decididos á buscarle, salieron, y se ha-

llaron de pronto en la plaza, frente á la iglesia; entre casucas de un solo piso, donde se veían soldados alemanes; uno, mondando patatas; otro, muy barbudo y grandón, acariciando á una criaturita de pecho que lloraba y meciéndola sobre sus rodillas para que se cõsolase ó se durmiese; y las campesinas, cuyos maridos y cuyos hijos estaban «en las tropas de la guerra», indicaban por signos á los vencedores, obedientes, los trabajos que debían hacer: cortar leña, encender lumbre, moler café. Uno lavaba la ropa de su patrona, pobre vieja impedida.

El conde, sorprendido, preguntó al sacristán, que salía del presbiterio. El acartonado murciélago le respondió:

—¡Ah! Esos no son dañinos; creo que no son prusianos; vienen de más lejos; ignoro de qué país; y todos han dejado en su pueblo un hogar, una mujer, unos hijos; la guerra no les divierte. Juraría que también sus familias lloran mucho, que también se perdieron sus cosechas por falta de brazos, que allí como aquí, á los vencedores como á los vencidos, amenaza una espantosa miseria. Después de todo, en este pueblo no podemos quejarnos, porque no maltratan á nadie y nos ayudan trabajando como si estuvieran en su casa. Ya ve usted, caballero, entre

los pobres hay siempre caridad... Son los ricos, los que hacen las guerras crueles.

Cornudet, indignado por la recíproca y cordial condescendencia establecida entre vencedores y vencidos, volvió á la fonda, prefiriendo encerrarse aislado en su habitación á ver tales oprobios. Loiseau tuvo, como siempre, una frase oportuna y graciosa: «Repueblan», y el señor Carré-Lamadon pronunció una solemne frase: «Restituyen».

Pero no encontraban al mayoral. Después de muchas indagaciones, lo descubrieron sentado, tranquilamente, con el ordenanza del oficial prusiano, en una taberna.

El conde le interrogó:

—¿No le habían mandado enganchar á las ocho?

—Sí; pero después me dieron otra orden.

—¿Cuál?

—No enganchar.

—¿Quién?

—El comandante prusiano.

—¿Por qué motivo?

—Lo ignoro. Pregúnteselo. Yo no soy curioso. Me prohíben enganchar y no engancho. Ni más ni menos.

—Pero ¿le ha dado esa orden el mismo comandante?

—No; el posadero en su nombre.

—¿Cuándo?

—Anoche, al retirarme.

Los tres caballeros volvieron á la posada bastante intranquilos.

Preguntaron por Follenvie y la criada les dijo que no se levantaba el señor hasta muy tarde, porque apenas le dejaba dormir el asma; tenía terminantemente prohibido que le llamasen antes de las diez, como no fuera en caso de incendio.

Quisieron ver al oficial, pero tampoco era posible, aun cuando se hospedaba en la casa, porque únicamente Follenvie podía tratar con él asuntos civiles.

Mientras los maridos aguardaban en la cocina, las mujeres volvieron á sus habitaciones, ocupándose en menudencias de su tocado.



Cornudet se instaló bajo la saliente campana de hogar, donde ardía un buen leño. Mandó que le acercaran un veladorcito de hierro y que le sirvieran un jarro de cerveza; sacó la pipa, que gozaba entre los demócratas casi tanta consideración como el personaje que chupaba en ella—una pipa que parecía servir á la patria sirviendo á Cornudet—, y se puso á fumar entre sorbo y sorbo, chupada tras chupada.

Era una hermosa pipa de espuma, primorosamente culotada, tan negra como los dientes que la oprimían, pero brillante, perfumada, con una curvatura favorable á la mano, de una forma tan discreta, que parecía una facción más de su dueño.

Y Cornudet, inmóvil, tan pronto fijaba los ojos en las llamas del hogar como en la espuma del jarro; después de cada sorbo, acariciaba satisfecho con su mano flaca su cabellera sucia, cruzando vellosos de humo blanco en las marañas de sus bigotes macilentos.

Loiseau, con el pretexto de salir á estirar las piernas, recorrió el pueblo negociando sus vinos en todos los comercios. El conde y el industrial hablaban de política, profetizando el porvenir de Francia. Según el uno, todo lo remediaría el advenimiento de los Orleans; el otro, solamente confiaba

en un redentor ignorado, un héroe que aparecería cuando todo agonizase: un Duguesclín, una Juana de Arco y, ¿por qué no un invencible Napoleón I? ¡Ah! ¡Si el príncipe imperial no fuese demasiado joven! Oyéndolos, Cornudet sonreía como quien ya conoce los misterios del futuro. Y su pipa embalsamaba el ambiente.

A las diez bajó Follenvie. Le hicieron varias preguntas apremiantes, pero él sólo pudo contestar:

—El comandante me dijo: «Señor Follenvie: No permita usted que mañana enganchen la diligencia. Esos viajeros no saldrán de aquí hasta que yo lo disponga».

Entonces resolvieron avistarse con el oficial prusiano. El conde le hizo pasar una tarjeta en la cual escribió Carré-Lamadon su nombre y sus títulos.

El prusiano les hizo decir que los recibiría cuando hubiese almorzado. Faltaba una hora.

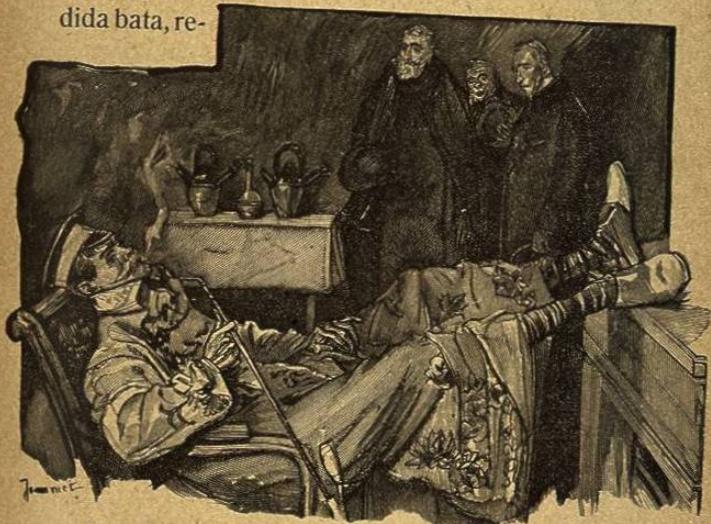
Ellos y ellas comieron, á pesar de su inquietud. *Rollo de manteca* estaba febril y extraordinariamente desconcertada.

Cuando hubieron tomado el café, les avisó el ordenanza.

Loiseau agregóse á la comisión; pero cuando intentaron arrastrar á Cornudet, éste dijo que no entraba en sus cálculos pactar con los enemigos. Y

volvió á instalarse cerca del fuego, ante otro jarro de cerveza.

Los tres caballeros entraron en la mejor habitación de la casa, donde los recibió el oficial tendido en un sillón, con los pies encima de la chimenea, fumando en una larga pipa de loza, y envuelto en una espléndida bata, re-



cogida tal vez en la residencia campestre de algún ricacho de poco gusto. No se levantó, ni saludó, ni los miró siquiera, presentando un magnífico ejemplar de la soberbia desfachatez acostumbrada entre los militares victoriosos.

Luego, dijo:

—¿Qué desean ustedes?

El conde tomó la palabra:

—Deseamos proseguir nuestro viaje, caballero.

—No.

—¿Sería usted bastante bondadoso para comunicarnos la causa de tan imprevista detención?

—Mi voluntad.

—Me atrevo á recordarle respetuosamente que traemos un salvoconducto firmado por el general en jefe, permitiéndonos llegar á Dieppe. Y supongo que nada justifica tales rigores.

—Nada más que mi voluntad. Pueden ustedes retirarse.

Haciendo una reverencia, se retiraron.

La tarde fué desastrosa para ellos; no sabían cómo explicar el capricho del prusiano, y les preocupaban las ocurrencias más inverosímiles. Todos en la cocina se torturaban imaginando cuál pudiera ser el motivo de su detención. ¿Los conservarían como rehenes? ¿Por qué? ¿Los llevarían prisioneros? ¿Pedirían por su libertad un rescate de importancia? Un pánico los enloqueció. Los más ricos amilanábanse con ese pensamiento, creyéndose ya obligados, para salvar la vida en aquel trance, á derramar tesoros en las manos de un militar inso-

lente. Se derretían la sesera inventando embustes creíbles, fingimientos engañosos que salvaran su dinero del peligro en que lo veían, haciéndolos aparecer como pobres, muy pobres. Loiseau, disimuladamente, guardó en el bolsillo la pesada cadena de oro que llevaba en el reloj. Al obscurecer, aumentaron sus aprensiones. Encendieron el quinqué, y como aún faltaban dos horas para la comida, resolvieron jugar á la treinta y una. Cornudet, hasta el propio Cornudet, apagando su pipa, finamente, acercóse á la mesa.

El conde cogió los naipes. *Rollo de manteca* hizo treinta y una. El interés del juego ahuyentaba los temores.

Cornudet pudo advertir que la señora y el señor Loiseau, de común acuerdo, hacían trampas.

Cuando iban á servir la comida, Follenvie apareció, y dijo:

—El oficial prusiano pregunta si la señorita Isabel Rousset se ha decidido ya.

Rollo de manteca, de pie, al principio descolorida, luego arrebatada, sintió un impulso de cólera tan grande que, de pronto, no la fué posible hablar. Después, dijo:

—Contéstele á ese canalla, sucio y repugnante, que nunca me decidiré á eso. ¡Nunca, nunca, nunca!

El posadero se retiró. Todos rodearon á *Rollo de manteca*, solicitada, interrogada por todos para revelar el misterio de su entrevista. Negóse al principio, hasta que reventó, exasperada:

—¿Qué quiere? ¿Qué quiere? ¿Qué quiere?... ¡Nada! ¡Estar conmigo!

La indignación instantánea no tuvo límites. Alzóse un clamoreo de protesta contra semejante iniquidad. Cornudet rompió un vaso. Emocionábanse todos como si á todos alcanzara el sacrificio que á la moza exigían. El conde manifestó que los invasores inspiraban más repugnancia que terror, portándose como los antiguos bárbaros. Las mujeres prodigaban á *Rollo de manteca* una piedad noble y cariñosa. Las monjitas callaban, con los ojos bajos.

Cuando la efervescencia hubo pasado, comieron. Hablóse poco. Meditaban.

Se retiraron pronto las señoras, y los caballeros organizaron una partida de *ecarté*, invitando á Follenvie con el propósito de sondearle hábilmente, averiguando los recursos más convenientes para vencer la obstinación del prusiano. Pero Follenvie sólo pensaba en sus descartes, ajeno á cuanto le decían y sin contestar á las preguntas, limitándose á repetir:

—Al juego, al juego, señores.

Fijaba tan profundamente su atención en los naipes, que hasta de escupir se olvidaba, respirando con un estertor angustioso. Resoplando, sus pulmones producían todos los registros del asma, desde los más graves y profundos á los chillidos roncós y destemplados que lanzan los pollos cuando aprenden á cantar.

No quiso retirarse cuando su mujer, muerta de sueño, bajó en su busca, y la vieja se volvió sola, porque madrugaba por costumbre, levantándose con el sol, mientras que su marido tenía naturaleza tranochedora, siempre dispuesto á no acostarse hasta el alba.

Cuando se convencieron de que no era posible arrancarle ni media palabra, le dejaron para irse cada cual á su alcoba.

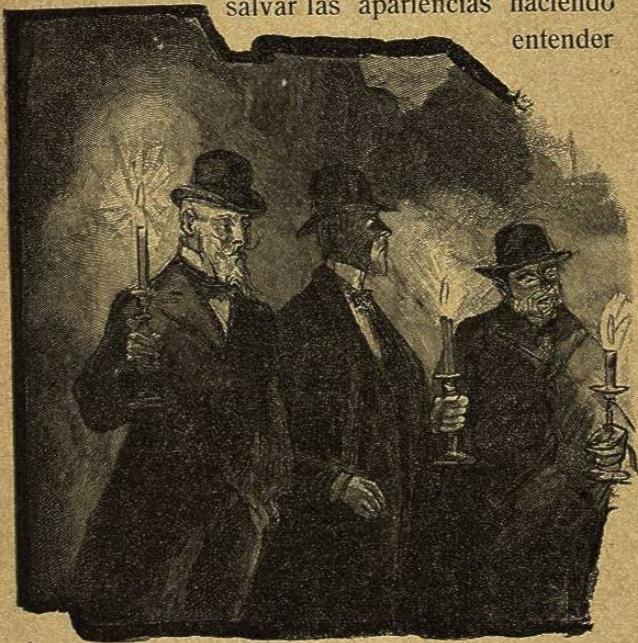
Tampoco fueron perezosos para levantarse al otro día, con la esperanza que les hacía concebir su deseo cada vez mayor de verse libres y en camino.

¡Ay! Los caballos descansaban en los pesebres; el mayoral no comparecía. Entretuviéronse, dando paseos en torno de la diligencia.

Almorzaron silenciosos, indiferentes para con *Rollo de manteca*; las reflexiones de la noche habían modificado sus juicios. Yacasi odiaban á la moza por no haberse decidido á buscar en secreto al

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
FOLIO 115
MONTERREY, MEXICO

prusiano preparando un alegre despertar, una sorpresa muy agradable á sus compañeros. ¿Había nada más justo? ¿Quién lo hubiera sabido? Pudo salvar las apariencias haciendo entender



al oficial prusiano que cedía para no perjudicar á tan ilustres personajes. ¿Qué importancia hubiera tenido aquello para una moza como *Rollo de manteca*?

Todos reflexionaban así, pero ninguno declaraba tales pensamientos.

Al medio día, para distraer el aburrimiento, propuso el conde que diesen un paseo por las afueras. Abrigáronse bien y salieron, á excepción de Cornudet que prefirió quedarse junto á la lumbre, y las dos monjas que pasaban el día en la iglesia ó en casa del párroco.

El frío, cada vez más intenso, les pellizcaba las orejas y las narices; los pies les dolían al andar; cada paso era un martirio. Y al descubrir la campiña les pareció tan horrorosamente lúgubre su blancura ilimitada, que todos á la vez retrocedieron con el corazón oprimido y el alma helada.

Las cuatro señoras iban delante y seguíanlas á corta distancia los tres caballeros.

Loiseau, adivinando que los otros pensaban como él, preguntó si aquella *mala pécora* no daba señales de acceder, evitándoles que se prolongase indefinidamente su detención. El conde, siempre cortés, dijo que no podía exigírsele á una mujer sacrificio tan humillante cuando ella no se lanzaba por impulso propio.

El señor Carré-Lamadon hizo notar que si los franceses, como estaba proyectado, tomaran de nuevo la ofensiva por Dieppe, la batalla probablemente se desarrollaría en Totes. Puso á los otros dos en cuidado semejante reflexión.

—¿Y si huyéramos á pie?—dijo Loiseau.

—¿Cómo es posible, pisando nieve y con las señoras?— reflexionó el conde—. Además, nos perseguirían, juzgándonos ya después como prisioneros de guerra.

—Es cierto; no hay escape.

Y callaron.

Las señoras hablaban de vestidos; pero en su ligera conversación flotaba una inquietud que las hacía opinar de opuestos modos.

Cuando apenas le recordaban, apareció el oficial prusiano en el extremo de la calle. Sobre la nieve que cerraba el horizonte perfilaba su talle oprimido y separaba las rodillas al andar, con ese movimiento propio de los militares que procuran salvar del barro las botas primorosamente charoladas.

Inclinóse al pasar junto á las damas y miró despreciativo á los caballeros, los cuales tuvieron suficiente coraje para no descubrirse, aun cuando Loiseau echase mano al sombrero.

La moza ruborizóse hasta las orejas y las tres señoras casadas padecieron la humillación de que las viera el prusiano en la calle con la mujer á la cual trataba él tan groseramente.

Y hablaron de su empaque, de su rostro. La señora Carré-Lamadon, que habiendo sido amiga de

muchos oficiales podía opinar con fundamento, juzgó al prusiano aceptable, hasta doliéndose de que no fuera francés, muy segura de que luciría el uniforme de húsar enloqueciendo á no pocas mujeres.

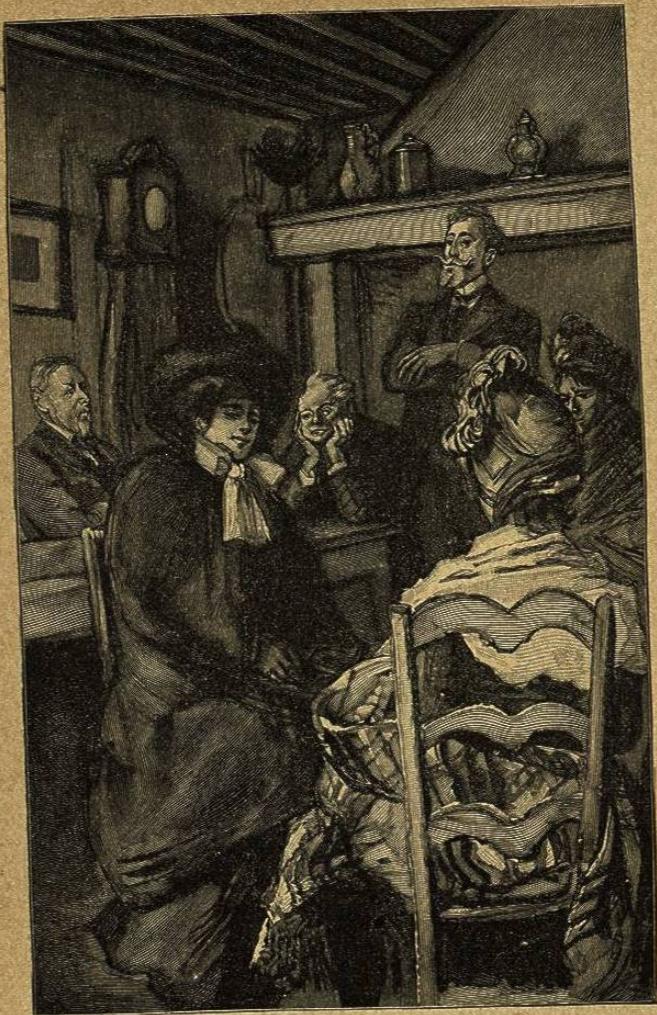
Ya en casa, no se habló más del asunto. Cruzáronse algunas acritudes con motivos insignificantes. La comida, silenciosa, terminó pronto, y cada uno fué á su alcoba con ánimo de buscar en el sueño un recurso contra el hastío.

Bajaron por la mañana con los rostros fatigosos, mostrándose irascibles, y las damas apenas dirían alguna frase á *Rollo de manteca*.

Oyóse la campana de la iglesia, tocando á gloria. La muchacha recordó al pronto su casi olvidada maternidad—pues tenía una criatura en casa de unos labradores de Yvetot—. Pensando en el bautizo, enternecióse y se dispuso á presenciar la ceremonia.

Viéndose libres y reunidos todos, agrupáronse, comprendiendo que tenían algo que decirse, algo que precisar. Ocurriósele á Loiseau proponer al comandante que se quedara con la moza y dejase á los demás proseguir tranquilamente su viaje.

Follenvie llevó la embajada, volviendo al punto, porque sin oírle siquiera el oficial, repitió que nin-



guno se iría mientras él no quedara complacido.

Entonces el carácter populachero de la señora Loiseau, la hizo prorrumpir, estallando:

—No podemos envejecer aquí. ¿No es el oficio de la moza complacer á todos los hombres? ¿Cómo se permite rechazar á uno? ¡Si la conoceremos! En Rouen lo arrebaña todo; hasta los cocheros tienen que ver con ella; sí, señora; el cochero de la prefectura. Lo sé de buena tinta; como que toman vino de casa. Y hoy, que podría sacarnos de un apuro, sin la menor violencia, ¡hoy, hace dengues, la muy zorra! En mi opinión, ese prusiano es un hombre muy correcto. Ha vivido sin trato de mujeres muchos días; hubiera preferido, seguramente, á cualquiera de nosotras; pero se contenta, para no abusar de nadie, con la que pertenece á todo el mundo. Respeto el matrimonio, la virtud. ¡Siendo el amo! ¡el señor! Le bastaría decir: «Esta quiero», y obligar á viva fuerza, entre soldados, á la elegida.

Estremeciéronse las damas. Los ojos de la señora Carré-Lamadon, brillaron; sus mejillas palidecieron, como si ya se viera forzada por el prusiano.

Los hombres, discutiendo aparte, llegaron á un acuerdo.

Al principio Loiseau, furibundo, quería entregar

á *la miserable* atada de pies y manos. Pero el conde, fruto de tres abuelos diplomáticos, prefería tratar el asunto hábilmente y propuso:

—Decidámosla.

Entonces, conspiraron.

Uniéronse á las damas. La discusión se hizo general. Todos opinaban sin esforzar la voz, con mesura. Ellas principalmente, proponían el asunto rebuscando frases cultas, rodeos encantadores, para no proferir palabras vulgares.

Alguien que de pronto las hubiera oído sin duda no sospechara el argumento de la conversación; de tal modo se cubrían con flores las torpezas audaces. Pero como el baño de pudor que defiende á las damas distinguidas en sociedad es muy tenue, aquella brutal aventura las divertía y esponjaba, sintiéndose á gusto, en su elemento, gachupeando en un lance de amor, con la sensualidad propia de un cocinero goloso que prepara una cena exquisita sin poder probarla siquiera.

Se alegraron, porque la historia les hacía mucha gracia. El conde se permitió alusiones bastante atrevidas—pero decorosamente apuntadas—que hicieron sonreír. Loiseau estuvo menos correcto; y sus audacias no lastimaron los oídos pulcros de sus oyentes. La idea, expresada brutalmente por

su mujer, persistía en los razonamientos de todos: «¿No es el oficio de la moza complacer á los hombres? ¿Cómo se permite rechazar á uno?» La delicada señora Carré-Lamadon imaginaba tal vez que, puesta en tan duro trance, rechazaría menos al prusiano que á otro cualquiera.

Prepararon el bloqueo, lo que tenía que decir cada uno y las maniobras correspondientes; quedó en regla el plan de ataque, los amaños y astucias que debieran abrir la ciudadela viviente al enemigo.

Cornudet no entraba en la discusión, completamente ajeno al asunto.

Estaban todos tan preocupados que no sintieron llegar á *Rollo de manteca*; pero el conde, advertido al punto, hizo una señal que los demás comprendieron.

Callaron, y la sorpresa prolongó aquel silencio, no permitiéndoles de pronto hablar. La condesa, más versada en disimulos y tretas de salón, dirigióse á la moza, preguntando:

—¿Estuvo muy bien ese bautizo?

Rollo de manteca, emocionada, dió cuenta de todo, acabando con esta frase:

—Algunas veces consuela mucho rezar.

Hasta la hora del almuerzo, se limitaron á mos-

trarse amables con ella, para inspirarla confianza y docilidad á sus consejos.

Ya en la mesa, comenzaron la conquista. Primero, una conversación superficial acerca del sacrificio. Se citaron ejemplos: Judith y Holofernes; y sin venir al caso, Lucrecia y Sextus. Cleopatra, esclavizando con los placeres de su lecho á todos los generales enemigos. Y apareció una historia fantaseada por aquellos millonarios ignorantes, conforme á la cual iban á Capua las matronas romanas adormeciendo entre sus brazos amorosos al fiero Aníbal, á sus tenientes y á sus falanges de mercenarios. Citaron á todas las mujeres que han detenido á los conquistadores ofreciendo sus encantos para dominar, como un arma poderosa é irresistible; que vencieron con sus caricias heroicas á monstruos repulsivos y odiados; que sacrificaron su castidad á la venganza ó á la sublime abnegación.

Discretamente, mencionóse la inglesa linajuda que se mandó inocular una horrible y contagiosa podredumbre para transmitírsela con fingido amor á Bonaparte, quien se libró milagrosamente, gracias á una flojera repentina en el momento fatal.

Y todo se decía con delicadeza y moderación, ofreciéndose de cuando en cuando un entusiasta elogio, que provocase la curiosidad heroica.

De todos aquellos rasgos ejemplares, pudiera deducirse, que la misión de la mujer en la tierra se reducía solamente á sacrificar su cuerpo, abandonándolo de continuo entre la soldadesca lujuriosa.

Las dos monjitas no atendieron, y es posible que ni se dieran cuenta de lo que decían los otros, ensimismadas en más íntimas reflexiones. *Rollo de manteca* no despegaba sus labios.

Dejaronla reflexionar toda la tarde.

Cuando iban á sentarse á la mesa para comer, Follenvie apareció, repitiendo la frase de la víspera.

Rollo de manteca respondió ásperamente:

—Nunca me decidiré á eso. ¡Nunca, nunca!

Durante la comida, los aliados tuvieron poca suerte. Loiseau dijo tres impertinencias. Devanábanse los sesos para descubrir nuevas heroicidades —y sin que saltase al paso ninguna—, cuando la condesa, tal vez sin premeditarlo, sintiendo una irresistible comezón de rendir á la iglesia un homenaje, dirigióse á una de las monjas —la más respetable por su edad—, rogándola que refiriese algunos actos heroicos de la historia de los santos que habían cometido excesos, criminales para humanos ojos y apetecidos por la Divina Piedad que los juzgaba conforme á la intención, sabedora de que se ofrecían á la gloria de Dios ó á la salud y provecho del